

ENCUENTRO CON ALBERTO MORAVIA

Por Marino GOMEZ-SANTOS

y III

Moravia está más explícito. De vez en cuando se tira del suéter hacia más abajo de la cintura y dobla los puños para que asomen los de la camisa.

—Mi actividad —nos dice— ha consistido en algunas cosas siempre literarias. Es decir, que he escrito novelas, y he sido corresponsal de varios periódicos. No como un periodista que informa desde un lugar fijo, sino como un escritor que viaja. En la actualidad lo soy de "II Corriere della Sera". Como enviado especial puedo decir que he dado la vuelta al mundo. También soy crítico cinematográfico de "L'Espresso". Mis libros han salido por este orden: "Gli Indifferenti", "Le ambizioni sbagliate", "L'Inbroglio", "La Mascherata", "Agostino", "La Romana", "La Cicciara", "Cuentos Romanos", "II disprezzo", "L'amore conjugales", y "La novia". Probablemente me olvido de alguno; pero he escrito más de veinte de los cuales diez son novelas.

En "II Corriere della Sera" escribe Moravia dos cuentos al mes, es decir, veinticuatro al año. También publica cuatro críticas cinematográficas mensuales, que él considera como un trabajo muy pesado.

Además ha trabajado para el teatro.

—Sí, he escrito varias obras teatrales. Por ejemplo, una tragedia titulada "Beatrice Cenci". Y "La Mascherata", cuyo argumento está tomado de mi novela. Últimamente he escrito una comedia que se llama "II mondo é quello che é", que ha tenido bastante éxito. Se está representando ahora en el Norte de Italia, y en el mes de marzo se estrenará en Roma. Hasta ahora se ha presentado en los festivales siguientes: Venecia, Turín, Milán, Nápoles...

Moravia ha estado en los siguientes países: Francia, Alemania, España, Inglaterra, China, Japón, India, Estados Unidos, Méjico, Oceanía, África, Nepal, Afganistán, Yemen...

—Sí; he estado en países bastantes extraños.

Moravia vive entregado por entero a su tarea literaria por

la que siente una fuerte vocación.

—¿Cómo distribuye usted el tiempo?

—Mi trabajo se desarrolla de este modo. Me levanto todos los días a las siete y media de la mañana. Comienzo a trabajar a las ocho, y escribo hasta las doce. Luego, por la tarde leo, o hago otras cosas. Soy muy aficionado a pasear. Camino mucho. Vivo la calle de una manera intensa. Todos los días, por la tarde salgo a caminar algunos kilómetros.

Pero advierto enseguida que no le gusta mucho la pregunta que se refiere a sus maestros.

—Eso es muy difícil de contestar. No sé... De muy joven he tenido algunos entusiasmos: Dostoyevski, Rimbaud, Joyce. Y algunos escritores italianos como Manzoni, Boccaccio, Goldoni... Pero, creo que a decir verdad, no he tenido maestros.

El estilo literario. Este es un tema hondo del que hablamos con Moravia mucho.

—Es evidente que la manera de decir las cosas, a menudo, es más importante que las cosas mismas.

—¿Usted es un escritor fácil? Quiero preguntarle que si la materialidad de escribir le supone un gran esfuerzo.

—Enorme. Yo soy un escritor nada fácil. Tengo que rehacer varias veces mis originales. Algunas novelas las he escrito seis y hasta siete veces. En general, nunca menos de cinco. Y mi labor de revisión es tan de raíz, que siempre que corrijo me sale una cosa completamente distinta.

—¿Parece tan fácil su estilo!

—Sí; pero ya ve usted que no lo es.

Un silencio largo, prolongado, hace que nos sintamos incómodos; pero la conversación con Alberto Moravia es siempre así con todo el mundo, y ya se sabe que después de una ráfaga de palabras, apretadas de conceptos caerá en un pozo negro de silencio.

—Yo no sé si he logrado un estilo. Dejo a los demás el juicio. Lo que sí puedo decir es que soy un escritor muy poco espontáneo, y que escribir me

produce bastante fatiga.

—Por ejemplo...

Otro silencio. Ahora entra como en un estado de sueño dulcísimo. Pero no es que nosotros, con nuestras preguntas, se lo produzcamos, sino que Moravia es así regularmente.

Luego nos habla de "La Cicciara", que comenzó en 1944, donde le ocurrió que, al escribir las diez primeras páginas, comprendió que el mundo rural y de terror que él deseaba pintar, era demasiado fuerte y estaba aún muy próximo para permitirle ser objetivo.

Porque los inconvenientes que encuentra al escribir, muchas veces no son sólo de estilo, sino de concepto.

—Cuando comencé "La Cicciara" y vi que era mejor suspender el trabajo hasta más adelante, escribí una especie de ensayo histórico sobre cristianismo y comunismo, titulado "La Speranza". La crítica dijo que si no era muy sólido, al menos resultaba estimulante. Después escribí una novela corta que se llama "Contacto con la clase trabajadora", como una muestra más de mi preocupación social.

—¿Conoce usted bien la literatura española?

—Bastante bien, aunque no pretende ser un hispanista. Hay autores a los que admiro profundamente. No es necesario decir que soy admirador de Cervantes y que pienso que el Quijote es quizás la novela más bella que se ha escrito. Me gustan mucho también los poetas Machado y Lorca. He leído el teatro clásico español, sobre todo a Calderón de la Barca. Me gusta, entre los poetas del Siglo de Oro, Luis de Góngora; entre todos los modernos, Antonio Machado.

Insiste en que tomemos café, un vermout, un refresco...

—¿Es difícil ser escritor en Roma?

—Yo he tenido mucha suerte. He logrado un éxito en seguida, porque "Los indiferentes" fue un acontecimiento literario grande. Pero en Italia no es fácil tener éxito, generalmente. Es un país más bien difícil. Además, la sociedad no estimula al intelectual. Y no hablemos del pasado, porque ahora es un poco mejor. Por lo general la sociedad italiana no ayuda a la formación del intelectual, como ocurre en Francia. Es decir, que en esto no hay parangón.

Nosotros encontramos muchas similitudes entre España y Roma.

—¿Ha podido usted apreciar en el ambiente popular de Madrid y Roma algunos puntos de contacto?

—Bueno, es muy parecido, porque en las dos ciudades se da la circunstancia de que el elemento popular es muy importante. El año 1965 estuve en Madrid, de paso para Marruecos; pero sólo tres días. Un viaje más completo, visitando ya toda España, lo hice en 1954, cuando fui en automóvil. Luego estuve de paso para otros países.

Ahora Moravia nos hace algunas confesiones sobre Roma, su ciudad natal.

—Mi vida en Roma es muy simple, porque es una ciudad en la que en el fondo se vive como de veraneo. Ordinariamente no suelo ver frecuentemente más que a unas diez personas a lo largo de todo el año. Vivo en Roma, porque soy italiano, y porque ésta es mi ciudad natal; pero no tengo otros motivos particulares para vivir en ella, porque no hay mucha vida social.

—¿Dónde le gustaría a usted vivir, si no fuera en Roma?

—En París o en Nueva York. Creo que Nueva York es una ciudad muy hermosa y muy viva. Me gustaría vivir en América, y especialmente en Méjico. Amo los países del Sur, porque no soporto el frío.

Habíamos intentado saber si Moravia reconocía en su obra la influencia decisiva de algunos maestros. Ahora le preguntamos si la suya ha formado discípulos.

—No tengo discípulos... Y espero no tenerlos.

Por fin sonríe.

—¿Cuándo comienza usted a escribir una novela ya la tiene pensada en líneas generales?

—Yo comienzo a escribir mis novelas para saber como terminarán; porque cuando trazo las primeras cuartillas tampoco lo sé yo. Es como la vida, donde ignoramos qué sucederá mañana.

A Moravia le interesan además de la literatura, la filosofía y la antropología, así como las religiones.

—Aparte de esto me interesa la pintura y el arte en general. Tengo pocos conocimientos científicos. También lamento no conocer las matemáticas, porque sin duda podría leer muchos libros interesantes. Por supuesto, me interesa mucho la política.

Lógicamente, tenemos que aludir a su viaje a Méjico, de donde acaba de regresar.

—Bueno, ya le he dicho que sobre estos viajes suelo escribir luego algunos artículos; pero no soy periodista de profesión. Escribo estos trabajos para pagarme los gastos de viaje; pero no como un corresponsal que ha de enviar a su periódico una crónica diaria.

Ha estado Moravia en Méjico después de su viaje anterior del cual ya se han cumplido treinta años.

—Es un país muy bello, bellísimo. Además, muy interesante, por su doble naturaleza, española e india. Esta es la cosa más interesante, porque la "renacimiento" es muy original, diferente de los demás países latinoamericanos. No conozco Perú, donde vivieron los incas; pero pienso que las cosas en Perú no han evolucionado tan bien como en Méjico, donde se ha dado ese fuerte contraste entre españoles e indios, que ha creado una nación, precisamente la nación mejicana, tan original.



Alberto Moravia, con Marino Gómez-Santos

Hoy mismo es un país fascinante. Desde el punto de vista arqueológico y artístico, es de una grandísima importancia, quizá el más importante del mundo, porque por un lado están los monumentos españoles y las iglesias españolas tan hermosas, así como la arquitectura colonial que es muy buena; por otra parte, no hay que olvidar los monumentos de los mayas. A mí me parece que el estilo arquitectónico mejicano se parece al egipcio. No es fácil encontrar otro país más interesante desde el punto de vista arqueológico. También hay que mencionar la gran revolución industrial por que hoy pasa. Creo que es el país de América que ha tenido una revolución más profunda, más desconcertante. Porque, a mi modo de ver, los demás países de Sudamérica no han tenido nunca una evolución tan completa como la de Méjico.

La entrevista con Moravia pasa por momentos angustiosos de silencio azoriniano. Luego se dispara y habla atropellando las palabras.

—En 1952, la censura del Vaticano prohibió todos mis libros.

Luego nos habla de "El mundo vacío", que es la última historia larga acerca de la crisis

de un intelectual, donde vuelve a ocuparse del problema existencialista, de la identidad y de la comunicación.

—En 1962 publiqué "Una idea de la India". Cuatro años antes había dado a la publicidad: "Un mes en Rusia", "Teatro" y "Nuevos cuentos romanos".

Ha sido para nosotros muy interesante el haber tenido la oportunidad de conocer personalmente a Alberto Moravia, del que podemos decir como conclusión, que su personalidad humana está totalmente identificada con su obra.

Nos acompaña, a través del pasillo. En la puerta de su casa se busca las llaves para abrir el ascensor, y ya a punto de descender a la calle nos despiden con una ligera inclinación de cabeza, al tiempo que cierra los ojos.

En la calle, sentimos como una cierta sensación de libertad, una euforia grande. Y es que realmente, la presencia de Alberto Moravia, su semblante en el que se lee un gran escepticismo ante todas las cosas de este mundo, el mutismo, los ojos entornados, su trabajosa cojera, nos producen como una situación angustiosa que no podemos evitar.

FIN

(Copyright Pyresa. Prohibida la reproducción).